Capítulo 11 - La Esmeralda del Mar del Norte - El Último Orellen

La Esmeralda del Mar del Norte

La navío se dirigía hacia casa, a una isla muy lejana del continente que Kalen había abandonado, y no llegarían hasta dentro de al menos dos semanas y media.

El niño durmió la mayor parte de los primeros tres días en la cálida cabina del barco, siendo solo ocasionalmente interrumpido por los estruendosos ronquidos de los marineros. Cada pocas horas, lo despertaba el hombre de barba roja—Jorn—que le daba sopa y galletas trituradas con cuchara, llenándolo hasta reventar.

Jorn le contó todo acerca del barco, del océano y de su esposa, Shelba, quien odiaba el mar casi tanto como Kalen. Ella sonaba como una persona inteligente.

Algunos marineros aceptaron la miedo de Kalen a la inmensidad acuática fuera de los límites seguros del barco, pero otros parecían creer que podía curarse de su aversión. Para esos hombres, que él hubiera sobrevivido de alguna manera en las frías aguas demostraba que tenía la constitución de un buen marinero, y que no le afectara el movimiento oscilante del barco indicaba que tenía buenas piernas.

Estos marineros solían acercarse a él regularmente con historias sobre las maravillas del mar e incluso con pequeños regalos, intentando convencerlo de que subiera al cubierta. A Kalen le gustaban las historias y aceptaba encantado sus obsequios. Hasta ahora, había recolectado una silbato de madera, un paquete de pescado seco y una perla rosada y rugosa. Pero, una vez fuera de la seguridad de la cabina, se negaba a poner un pie fuera del barco.

En cambio, exploraba la bodega.

El barco llevaba muchas cajas y barriles llenos de provisiones, pero estos no estaban destinados a abrirse. Sin embargo… la carga que despertaba el interés de Kalen se movía en una pensión construida con cajas apiladas en el centro de la bodega.

Cerditos. Doce pequeños cerditos rosados con manchas y una cerda agotada. Aparentemente, hubo otra cerda, pero falleció poco antes de que encontraran a Kalen. De allí proviene la abundancia de sopa de cerdo en el barco.

Los cerdos pertenecían a Jorn, quien se había unido a la tripulación de su hermano Holv esa temporada, solo para poder viajar al continente y comprarlos.

Mientras Kalen se sentaba en el paja, escogiendo uno tras otro los cerditos para acariciarlos, Jorn le explicó que eran una raza especial. Eran famosos incluso en lugares más allá del poderoso continente, y él había estado ahorrando para comprarlos durante varios años.

Los cerdos requerían una dieta peculiar y un trato lujoso, y si se les daba eso, crecerían hasta convertirse en algo muy sabroso.

“Excepto por este,” dijo Kalen, habiendo finalmente elegido un cerdito en particular, más divertido que los demás. Era lo suficientemente pequeño para sostenerlo en su regazo, y, por ser más perezoso que sus compañeros, parecía no tener intención de huir. Tenía pequeñas orejas negras y una nariz húmeda.

“Creo que ese probablemente tendrá el mismo sabor que los demás,” comentó con diversión la voz de Jorn.

“Este es mío, sin embargo,” afirmó Kalen con determinación. “Así que nadie podrá probarlo.”

Los otros marineros le habían regalado cosas. Jorn, siendo su favorito, obviamente también le daría algo. Y lo que quería era este cerdito caldoso y regordete.

Jorn acarició su barba y miró a Kalen por mucho tiempo. Finalmente, dijo: “Sí, Kalen, ese será tuyo.”

“Su nombre es Sleepynerth,” dijo Kalen de inmediato. “Pero es muy largo, así que debería llamarse Sleepy.”

“Se llamará Sleepy,” afirmó Jorn. “Recuerda, pequeño, no creo que Shelba tome con mucho agrado tenerla en la casa. Ella tendrá que dormir en la granja con los otros cerdos.”

Así fue como Kalen descubrió que viviría con Jorn y su esposa una vez finalizado el viaje por el océano. Tenía muchas preguntas acerca de esto, y Jorn le explicó el asunto pacientemente varias veces.

El mar, que Kalen odiaba profundamente, era sagrado. Trae regalos a los hombres, y lo que un hombre toma del vientre del mar, eso es suyo. Muchas veces, el mar ha sido mucho más sabio que los hombres que lo navegan. Kalen era prueba de ello.

Jorn había salido en busca de los cerdos. Algún día, esperaba venderlos a ellos y a sus crías, y comprar los talentos de un wizarn en particular.

Él y Shelba no podían tener hijos, y aunque en la isla había algunos wizarns, ninguno podía ayudarlos. Sin embargo, en algunos años, llegaba una wizarn más poderosa de tierras lejanas, que traía pociones curativas para intercambiar con los habitantes de la isla. Tal vez ella podía darles un hijo a Shelba.

“Yo pensé lo mismo,” dijo Jorn, inclinándose sobre una caja para revolver el cabello de Kalen. “Pero el mar, ella es más inteligente que yo. Y es más poderosa que cualquier wizarn. Shelba estará feliz de que haya salido en busca de los cerdos y regresado con un hijo.”

Durante los días siguientes, Jorn logró convencer a Kalen de subir varias veces a la cubierta. Habían descubierto que el mar molestaba menos al niño si veía algo más que agua. Así que cuando lo llamaban a la cubierta, siempre era para observar algún punto de interés.

Una vez fue un banco de peces que saltó del agua y voló por el aire. Otra vez, una isla rocosa cubierta de grandes aves pálidas. Sin embargo, su favorita era, con diferencia, la presencia de las ballenas.

La nave navegaba cerca de un grupo de estos enormes animales, y los ojos de Kalen se abrieron de asombro ante su inmenso tamaño. Sus lomos y colas rompían la superficie como islas de cuero. Escupían agua al aire por un agujero en la parte superior de sus cabezas.

Kalen, con Sleepy el lechón bien sujetado en sus brazos, estaba tan fascinado con la vista que por un instante olvidó su miedo al mar. Se inclinó sobre la baranda y observó.

“¡Mira, mira!” gritó, señalando un destello anaranjado en las profundidades del agua. “¡Uno de ellos está en llamas!”

Esto despertó mucho interés entre los marineros, quienes se acercaron en grupo a su lado. De hecho, había una luz naranja proveniente de algún lugar en el centro del grupo, que nadaba junto a las otras ballenas, aunque aún no había salido a la superficie.

Todos empezaron a hablar animadamente y a señalar, discutiendo qué podría ser aquella luz. Se abandonó cualquier otra tarea en el barco para seguir al grupo y examinar el resplandor bajo las oscuros mares. Casi media hora después, lo que brillaba finalmente quedó claramente visible.

Era una ballena más pequeña, una cría, y en su cabeza dos rayas de luz brillaban con un tono naranja intenso.

La presencia de este espectáculo sumió en un auténtico caos a los marineros. Jorn agarró a Kalen y Sleepy, apartándolos de la barandilla para evitar que cayeran al agua accidentalmente.

La joven ballena era una criatura rara, explicó. Las franjas resplandecientes eran la prueba de que poseía algunos de los mismos poderes que un wizarn tenía en su interior.

—¿Es una practicante? —preguntó Kalen. Se alegró de recordar la palabra de su conversación con Tomás, y aún más de haber logrado entender que una practicante era de alguna manera lo mismo que el wizarn de Jorn.

Jorn consideró la pregunta. —No es como un wizarn humano, pequeño —dijo después de un momento—. Pero tiene más poder en su interior que una ballena normal. Si crece, será un rey del mar.

—¿Por qué no crece?

—Es una criatura de poder, pero aún es frágil. Todavía no es un rey. Podrían arrebatarle del mar los hombres.

Y, en efecto, ya había una discusión en la cubierta. La mitad de los marineros quería matar a la ballena luminosa por su carne, que era sumamente valiosa. Y la otra mitad quería dejarla en paz por respeto a los dioses del océano, como se dejaría a cualquier otro becerro. Solo las ballenas adultas podían ser cazadas en circunstancias normales.

Se iba a realizar una votación.

El joven marinero con barba negra casi adulta—Dort—se acercó a Jorn. Se estaba frotando la nariz larga y delgada, con una expresión de incertidumbre en el rostro. —¿Qué votarás tú, Jorn? —preguntó.

—Yo no votaré —dijo Jorn, colocando su mano sobre la cabeza de Kalen—. Ya he obtenido el mayor premio de este viaje. No sería justo para todos tomar más.

—No sé qué elegir —dijo Dort, con voz preocupada—. El dinero sería bueno, pero ¿y si los dioses se enfadan? Tal vez tampoco vote.

—Un miembro de la tripulación debería votar —aconsejó Jorn—. De lo contrario, pensarán que eres menos parte de todo que los demás.

El rostro de Dort se hundió aún más.

—¿Es una decisión en la que quizás ambos lados tengan razón y quizás ambos estén equivocados? —preguntó Kalen con curiosidad—. ¿Y no hay forma de que tu cabeza esté segura entre las dos?

—Sí —dijo Dort—. Estoy dividido exactamente en el medio. Creo que ambas opciones son iguales.

—¡Puedo ayudar! —exclamó Kalen emocionado—. Tú puedes sostener a Sueñín para mí. —Y lanzó al cerdito asombrado a Dort, quien lo atrapó, y de un bolsillo escondido en su túnica, Kalen sacó el regalo que su hermano le había dado.

Era una gran moneda de oro con extraños símbolos dibujados en ambos lados. Tanto Dort como los ojos de Jorn se abrieron asombrados al verla, pero Kalen estaba demasiado emocionado para darse cuenta.

¡Finalmente, se habían presentado las circunstancias necesarias!

Tomás había sido muy claro sobre cómo y cuándo usar la moneda. Primero, Kalen solo debía preguntarle cosas cuando sus pensamientos estuvieran exactamente divididos en medio. Siempre se debía usar primero la cabeza y solo pedir ayuda a la moneda cuando no hubiera otras maneras de tomar una decisión.

En segundo lugar, Kalen no debía esperar que la moneda siempre tuviera la razón. De hecho, debería esperar que solo acertara un poquito más que la mitad de las veces. —Será equivocada con tanta frecuencia que nunca estarás seguro de que funciona —había dicho Tomás—. Pero sé que debe hacerlo, porque Papá las pasó días haciendo esas monedas para nosotros. No habría desperdiciado su tiempo sin motivo.

—¿Tu papá se enojará si la regalas? —preguntó Kalen.

—Nuestro papá. Y nunca se lo diré —dijo Tomás—. Él hizo una para Rella y para nuestros hermanos mayores y hermanas.—Buscaré una de sus monedas si realmente la necesito.

En tercer lugar, Tomás le había enseñado a Kalen a distinguir un lado de la moneda del otro. El intrincado patrón de símbolos era casi idéntico en ambos lados, pero en el centro exacto de cada uno había una diferencia. En un lado había una diminuta estrella de nueve puntas. En el otro, un círculo igualmente pequeño.

La estrella significaba sí. El círculo, no.

Finalmente, Tomás le había explicado la regla más crucial: nunca se podía preguntar sobre el mismo tema a la moneda dos veces. Habría que romperla.

Ahora, pensaba Kalen, solo hay que imbuir la moneda con tu magia, hacer la pregunta y lanzarla al aire.

Por supuesto... Tomás no le había enseñado cómo imbuir nada con magia. Él decía que era algo parecido a colocar una parte de uno mismo en la moneda, y que Kalen lo entendería con el tiempo. Probablemente justo después de aprender a leer.

Pero no podía entenderlo todo en ese momento, así que en lugar de ello, lamió ambas caras de la moneda. Con suerte, poner una parte de sí mismo en la moneda en lugar de dentro de ella era casi lo mismo.

"¿Debe Dort votar por matar a la cría de ballena?" preguntó a la moneda. Luego, la lanzó al aire como Tomás le había mostrado.

Se suponía que debía atraparla antes de que cayera, pero no era muy hábil. Sobre todo cuando temblaba allí afuera, en medio del frío viento del océano. La moneda chocó contra la cubierta con un suave tintineo y rodó un tramo corto. Kalen se acercó, se agachó para examinarla y se quedó pensativo.

“Dice que no,” informó a Dort. “Deberías votar que no.”

Tomó la moneda, se volvió hacia los dos hombres, y se sintió muy satisfecho por haber tomado una decisión tan importante de una forma tan sencilla. Ambos le dirigían miradas extrañas.

“¿Qué clase de moneda es esa?” preguntó Dort. “Nunca he visto una pieza de oro tan grande, y está cubierta de marcas mágicas.”

Jorn hizo un gesto de silencio con el dedo, luego se inclinó, susurrándole algo. Dort asintió y le pasó a Sleepy, y se fue.

“Ven aquí, pequeño,” dijo Jorn, sosteniendo al cerdito con una mano y haciendo un gesto a Kalen con la otra. “Vamos a volver abajo, a las cubiertas.”

En la bodega, rodeado por los sonidos de los cerdos y el crujir del barco, Jorn le preguntó a Kalen acerca de la moneda.

No, eso era otra mentira necesaria. A Kalen ya no le gustaba mentirle a Jorn, pero no podía traicionar a Tomás. ¿Quizá solo una mentira pequeña, entonces?

“Es mía,” dijo Kalen. “Mi familia me la dio antes de que el barco se hundiera en el océano.”

Mostró a Jorn el bolsillo oculto en su túnica donde guardaba la moneda. Era un pedazo de la camisa de seda azul de Tomás, cosida a mano por unos dedos torpes. Jorn tocó las costuras desordenadas. “Bueno, es un milagro que hayas logrado mantenerla intacta,” dijo, más para sí que para él.

Luego examinó la moneda, dándola vueltas con sus gruesjos dedos. “No parece ser ningún tipo de dinero que haya visto antes. Aunque si es de oro puro, debe valer bastante. ¿Será un símbolo de algún dios? ¿Tus familiares eran seguidores de alguno?”

Al no saber qué era un símbolo divino, ni si los Orellen seguían alguna deidad en particular, Kalen solo encogió los hombros.

“Quizá sea un talismán de buena fortuna,” reflexionó Jorn. “Como los que usan en las Islas de la Niebla. Pero esas cosas normalmente se colocan sobre la puerta de una casa y nunca en viajes.”

"Me dijeron que era para tomar decisiones," explicó Kalen, "pero que no debo esperar que siempre sea correcto."

"¡Ja!" Jorn sonrió y le devolvió la moneda. "Así es la naturaleza de monedas y dados. Muy bien, entonces. Debes mantenerla oculta hasta que Dort la arregle por ti. Dudo que algunos de los hombres en este barco la quiten, pero otros no son iguales. Y es algo que sin duda ocasionará comentarios de cualquier forma. Muchas personas son supersticiosas respecto al trabajo de los wizarns."

Arriba en la cubierta, se concluyó la votación, y Dort apareció en la bodega unos minutos después, luciendo aliviado. "No mataremos al potrillo de la ballena. Ya está decidido."

Luego, tomó la moneda de Kalen y la presionó en una bola de cera que había traído en su bolsillo. "Así puedo recordar su tamaño," dijo, apartando la moneda de la cera y devolviéndosela a Kalen.

Todo aquel intercambio le pareció misterioso e inútil, en lo que al muchacho respectaba. Pero unos días después, Dort lo encontró comiendo pescado asado sobre galletas en la cocina y le mostró lo que había hecho. Había esculpido una funda ingeniosa para la moneda, hecha de algún tipo de

hueso. Era en dos piezas redondas, un poco más grandes que la moneda misma, con ranuras cortadas en ellas para que encajaran juntas.

"Pon un poco de cera," explicó Dort, enseñándole a Kalen cómo hacerlo. "Luego la moneda... por cierto, ¿qué lado es la cara?"

"Este lado es sí," afirmó Kalen, señalando.

Dort asintió. Encajó la moneda en su nueva funda, rellenándola con cera para que no diera golpes, y luego ajustó las ranuras con un pequeño giro, entregándosela a Kalen. "Este lado es tu cara," dijo, señalando el lado con una forma tosca y parecida a un pájaro tallada en él. "O tu sí. Y el lado en blanco es tu no. Así no tienes que sacar la moneda para jugar si estás rodeado de otras personas."

La moneda ahora era mucho más incómoda de manejar, casi del tamaño de la palma de Kalen en su funda. Pero no quería que le robaran, así que le dio las gracias a Dort.

"¿La lanzas tú a veces por mí?" preguntó Dort, mirando con curiosidad la funda. "Un hombre necesita una respuesta de vez en cuando, y una moneda de wizarn seguramente es mejor que una común."

"Sí," accedió Kalen, sintiéndose magnánimo. "Pero debes seguir todas las reglas, o no funcionará bien."

Revisión #1
Creado 28 abril 2026 04:42:33 por Alice Johnson
Actualizado 28 abril 2026 04:42:37 por Alice Johnson